

Del hispanismo a los estudios ibéricos: ¿tiene sentido?

TOPUZIAN, Marcelo / Universidad de Buenos Aires (UBA). Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) – mtopuzian@gmail.com

» *Palabras clave: estudios ibéricos, hispanismo, nación, latinoamericanismo.*

> **Resumen**

La ponencia apunta a revisar las recientes sugerencias para la reforma disciplinar del hispanismo surgidas de los estudios ibéricos. Se trata de evaluar las implicaciones y consecuencias teóricas, metodológicas e institucionales de esta propuesta, en el horizonte más amplio de relativización del privilegio de lengua y nación para pensar la literatura abierto por los nuevos comparatismos y los estudios culturales. El propósito es juzgar la pertinencia y utilidad de estos enfoques en el marco de la agenda actual de la investigación literaria desde Argentina y América Latina, a partir de una comparación con el horizonte futuro que hoy sigue ofreciendo el hispanismo. En este sentido, es oportuno dar lugar a una reflexión sobre la transición disciplinar: ¿cómo podría producirse una conversión profesional como la implicada por estas nuevas perspectivas? ¿Cómo se transformarían nuestras prácticas?

> **Del hispanismo a los estudios ibéricos: ¿tiene sentido?**

Es de celebrar que lo que hasta no hace mucho pudo considerarse un oxímoron o un contrafáctico –un sintagma que reúne la palabra *hispanista* con la palabra *joven* y, encima, pone a ambas en plural– se muestre como realidad sobrada en estas primeras jornadas, debidas exclusivamente a la iniciativa y al empuje de estudiantes, becarios y jóvenes investigadores de la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Y más sorprendente aún es que, leyendo el programa, haya podido contabilizar fácilmente –gracias a que los jóvenes organizadores han guardado la rancia costumbre hispanista de poner no a los nenes con los nenes y a las nenas con las nenas, pero sí a los medievalistas con los medievalistas, y a los áureos con los áureos– que más de la mitad de las ponencias aceptadas de literatura española corresponden al período contemporáneo.

Parece que algo estamos haciendo bien. Por supuesto que no hablo solamente de la cátedra de Literatura Española III de la UBA, ni de los que nos dedicamos a estudiar y/o enseñar moderna y contemporánea, como los aquí presentes, sino de los hispanistas argentinos en general. Pero este panorama aparentemente auspicioso no nos autoriza a ninguna celebración; tengo también claro

que, en cuanto salimos de aquí al resto del vasto mundo académico del que formamos parte, el hechizo se rompe, la carroza vuelve a ser calabaza y lo que nosotros creemos que hacemos muy bien, los latinoamericanistas lo están haciendo –y desde hace bastante tiempo– cien veces mejor.

En nuestro mundo privado hispanista, son una minoría; algunos, incluso, siguen participando de nuestros encuentros. Están entre nosotros; hasta se nos parecen, se mimetizan. Los conozco bien, trabajo con ellos; pero les cuento algo: como los invasores que obsesionaban a David Vincent en la vieja serie de televisión –de la que ningún joven investigador presente ha seguro siquiera oído hablar– (Armer, 1967), los latinoamericanistas vienen por todo. Y como los extraterrestres de otra vieja serie sobre invasiones –V (Bowman, 1983)–, además son *sexies*. Me refiero a los miles y miles de asistentes a los congresos de Latin American Studies Association (LASA), que no pude comparar cuantitativamente con los números de los congresos de la Asociación Internacional de Hispanistas (AIH) porque la página web de la asociación estaba caída, pero que, a simple vista, superan muy ampliamente. ¿Cuál es el secreto de su éxito? ¿No será nuestro propio fracaso?

Claro que no hay sección de “peninsularistas” –que es como ellos tienden, despectivamente, a llamarnos– en LASA, como sigue habiendo de latinoamericanistas en la AIH. No nos quieren. Y, la verdad, los entiendo: es una reacción natural tras siglos de soberbia y pretensiones de imperialismo ideológico y cultural, que hoy se siguen materializando en las políticas para América Latina de las instituciones culturales y lingüísticas del Estado español. ¿Hasta qué punto el hispanismo sigue siendo hoy un ala académica de este imperialismo? ¿Y qué precio tenemos que pagar por eso los que nos dedicamos a él desde fuera de España?

Por otro lado, fuera de España, la idea de un departamento de español unificado de hecho, o eventualmente a causa de la baja en la matrícula o el recorte presupuestario, es hoy servir en bandeja el triunfo al latinoamericanismo: en los sistemas donde no hay cátedras, basta con dejar caer, con el tiempo, unos pocos cargos de especialistas en literatura española. Su estudio, encastillado en sus fueros, tenderá allí a languidecer y morir ante el empuje de unas literaturas más jóvenes, emancipadas y pujantes, que se abren con facilidad a las más modernas operaciones de lectura contra las que el irredento lingüisticismo filológico del hispanismo, en su sentido más clásico, ya no puede –mal que nos pese– competir. Es cierto que tenemos mucho que ofrecerles: es difícil entender a Sor Juana sin Góngora, a Echeverría sin Larra, a Arlt sin Baroja; tanto como a Valle-Inclán sin Rubén Darío, o a Goytisolo sin el *boom*, claro. Los hispanistas latinoamericanos estamos en la mejor de las situaciones para producir un enfoque realmente comparado y policéntrico de las literaturas en lengua castellana de la península y de América, del que los llamados estudios transatlánticos, por sus sesgos teóricos implícitos, solo alcanzaron a proporcionar una tenue promesa preliminar. Pero los latinoamericanistas no lo quieren ni nos quieren: hoy se bastan a sí mismos. No necesitan política de alianzas, o, si la necesitan, ante los recortes por ejemplo, las buscan en otros ámbitos. ¿Por qué?

Tenemos que desaprender los privilegios de ese objeto etimológico de amor de los filólogos hispánicos: la lengua castellana. Esta es la pesada herencia: no la lengua, por supuesto, sino la ideología nacionalista de su unidad inconcusa, continuidad en el cambio y hegemonía naturalizada, y por lo tanto de su carácter completamente determinante de las compartimentaciones disciplinares, de las metodologías y de las teorías. El análisis de las ideologías lingüísticas del español realizado ejemplarmente por José del Valle y Luis Gabriel-Stheeman (2004) mostró las implicaciones glotopolíticas de la naturalidad solo aparente que implica decir que, al fin y al cabo, hablamos todos la misma lengua. La idea filológica de lengua que constituye la base misma del hispanismo, al menos tal como lo conocemos, garante de la continuidad histórica y territorial extendida de la hispanidad como cultura, ha perdido todo grado de verosimilitud para nuestros colegas lingüistas y es, además, una pesada carga para cualquier intento de poner al día el estudio de la literatura española, al que aún le cuesta terminar de atravesar esa monumentalización fantaseada del acervo lingüístico para dar lugar a enfoques y metodologías histórico-culturales y materiales con mayor compromiso empírico y más espacio para la diferencia y la comparación.

El estudio de la literatura no puede ser ajeno a nuestras concepciones de la lengua. Pero en la península esta se convierte en factor diacrítico fundamental entre culturas, literaturas y, quizás, naciones; separa, con pretensión de limpieza, lo que durante siglos ha estado junto y, muchas veces, afortunada e interesantemente revuelto. (Y hay que decir que esto ha dejado también su impronta en el latinoamericanismo, dada su desconfianza, hasta hace no muchos años, respecto de la inclusión de Brasil o del Caribe).

¿Puede sobrevivir la filología a la crisis terminal de esta ideología? Es una pregunta interesante, quizás la más interesante de todas. Dentro de poco aparecerá un número de la revista *Filología* dedicado a ella. Pero no es mi pregunta de hoy. Mi pregunta de hoy es si esa pérdida de evidencia de las ideologías lingüísticas del español debe llevarse también con ella el privilegio que la formación académica en Letras en América Latina tendió a otorgar a la literatura española. Adelanto que mi respuesta será “no”. Predecible: definiendo mi fuente de trabajo y me congracio con los jóvenes hispanistas que me han invitado gentilmente a participar de este panel. No tan predecibles, sin embargo, creo, los argumentos y propuestas con que me imagino que podemos defenderla, a riesgo de que me acusen de propiciar la más pírrica de las victorias.

Porque quizás sea la hora de decir de una buena vez que la literatura española no existe. Al menos así en singular y con artículo definido. Hay muchas literaturas en la península, con tanta prosapia y riqueza, en el pasado, en el presente y eventualmente en el futuro, como la española en lengua castellana. (Algo que, de paso, también podría decirse de la literatura latinoamericana en singular. Los latinoamericanistas también están descubriendo, lentamente, la naturaleza esencialmente comparatística de su objeto. En eso también nos seguimos pareciendo mucho).

La perenne aspiración del Estado español a dotar su patrimonio nacional de una literatura europea definida por la exclusividad lingüística hoy se ve cada vez más en toda su limitación y debilidad. Creo que esto en parte ocurre porque también cada vez más se pueden hacer visibles las alternativas a ese modelo de una literatura monocultural y monolingüe, y al tipo de estudio que contribuyó a hegemonizar. Y, además, presentarse no solo como viables, sino incluso como muy preferibles.

Nos cuesta mucho, en un contexto de recortes presupuestarios y desinterés creciente respecto de la literatura, desprendernos de los capitales de nuestras disciplinas cuidadosamente amasados a lo largo de años. Son conceptos *zombi*: la generación del 98 o la del 27, miles de veces impugnadas por la crítica y la historiografía literarias, vuelven y vuelven en los manuales y hasta en la bibliografía académica. Ahora, como muchos de los períodos en historia literaria, se usan como verdaderas marcas cuyo capital comercial y valor patrimonial nos resistimos a abandonar en tiempos, como estos, de vacas flacas. Sería pertinente, en este contexto, volver explícitas también las relaciones que la investigación académica en estudios literarios ha guardado con las políticas públicas del Estado a lo largo de la historia. Esta pregunta es muy difícil de plantear siendo ciudadano de ese Estado; pero nosotros estamos en una posición inmejorable para hacerlo de manera aguda y crítica respecto de España, sin por eso vernos embargados por su propia grieta a propósito de los nacionalismos peninsulares, y con experiencia crecida en situaciones de crisis del Estado-nación.

Una alternativa que se ha venido constituyendo lentamente durante los últimos veinte años es la de los estudios ibéricos. Como el nombre lo indica, se privilegia en ellos la coexistencia y cercanía espaciales, geográficas y territoriales, frente a las continuidades históricas, lingüísticas y culturales. Y, sobre todo, se apela a la teoría y metodología de la literatura comparada, frente a la historiografía de la literatura nacional. ¿Puede haber ahí un futuro para lo que hoy todavía llamamos hispanismo? Ya hay varios volúmenes programáticos y antológicos de estudios (Abuín González y Tarrío Varela, 2004; Resina, 2009; Pérez Isasi y Fernandes, 2013), se han realizado encuentros científicos y hasta contamos con un primer intento de historia literaria elaborados desde esta perspectiva (Cabo Aseguinolaza, Abuín González y Domínguez, 2010; Domínguez, Abuín González y Sapega, 2016). Hay que evaluar las implicaciones y consecuencias teóricas, metodológicas e institucionales de estas propuestas, en un horizonte más amplio de relativización del privilegio de lengua y nación para pensar la literatura y la cultura abierto por los nuevos comparatismos y los estudios culturales, pero sobre todo por la constitución tendencial, para decirlo con Arjun Appadurai (2001: 46-50), de paisajes mundializados en los que la literatura ya circula más allá de la lógica de lo nacional. El propósito es juzgar la pertinencia y utilidad de estos enfoques en el marco de la agenda actual de la investigación literaria desde Argentina y América Latina, a partir de una comparación con el horizonte futuro que hoy puede ofrecer el hispanismo.

En este sentido, creo que es oportuno dar lugar a una reflexión sobre la transición disciplinar: ¿cómo podría producirse una conversión profesional como la implicada por estas nuevas perspectivas? ¿Cómo se transformarían nuestras prácticas? Los asentados aposentos del hispanismo se vuelven laboratorio de innovación para la literatura comparada. La especificidad comparatística del espacio cultural peninsular, muy diferente de los escenarios de los otros Estados de Europa occidental, podrá ser capaz de movilizar interés y recursos si se comprende lo empírica, teórica y metodológicamente estimulante que puede ser.

Un primer movimiento tendrá que consistir inevitablemente en una crítica despiadada de las categorías historiográficas del hispanismo. Sin ella no hay manera de abrir un campo a la comparación real, no sesgada por una inflexión arbitrariamente centralizadora. ¿Qué hacemos con el canon del hispanismo, y con los respectivos cánones de cada literatura de las llamadas periféricas? El trabajo comparatista no debería dejarlos intactos, como si fueran una infraestructura intocable a someter a comparación solo en una segunda instancia. ¿Es posible pensar un canon literario que no sea excluyentemente nacional? Esto hay que hacerlo con cuidado y respeto. Por supuesto, habrá que estudiar idiomas: catalán, gallego, portugués, vasco. Pero también tolerar la posibilidad de una enseñanza de literatura en traducción. Se ataca esto a menudo, en el ambiente de la literatura comparada y los estudios poscoloniales, como un mero lavado de cara del monolingüismo hegemónico; y en el de las literaturas nacionales, se lo desprecia por *amateur*. Sí, puede haber algo de eso, pero también mucho de cruce de fronteras, hasta no hace mucho consideradas inquebrantables, de una manera bien práctica, y en una lengua, como el castellano peninsular, a cuyo dominio no nos cuesta tanto acceder.

También habría que cambiar nuestros propios prejuicios respecto de nuestras prácticas. Por ejemplo, el de que una historia material de la literatura es factible solo o privilegiadamente a partir del estudio de la escritura y edición de textos. Todo un conjunto de prácticas culturales más amplias se vuelve visible si no nos pensamos solo como expertos en textualidades, sin que esto implique renunciar a la especificidad de nuestro objeto, pues la literatura como institución no se deja reducir a un conjunto meramente textual, o a un único medio. Pero esto solo puede suceder cuando se lo pone en estricto correlato con una clara percepción de los límites de las definiciones nacionales de cultura, que sin embargo nada tiene que ver con el multiculturalismo lavado bajo el que fenómenos análogos a estos han tendido a ser pensados en la academia estadounidense. Entiendo, como señalaba, que una revaloración del rol de la literatura en la historia de la constitución de lo público y del Estado podría constituir un marco comparativo de conjunto no uniformizante, gracias al cual se podrían captar dinámicas históricas diferenciadas sin partir de un modelo lineal de historia nacional como estrategia dominante de patrimonialización y archivo. Hay aquí una política de la literatura y los estudios literarios que no se deja resumir ni en la imagen liberal de la convivencia pacífica y tolerante de las diferencias culturales, ni en la promoción exclusiva de una cultura nacional.

El modelo clásico de periodización de la historia literaria, en el que España salió siempre perdiendo frente a Europa, por tardía, demorada o débil, o por atípica, extraña o pintoresca, y en el que a su vez la literatura castellana minorizaba a las llamadas periféricas, debería ser revisado a partir de sus diferenciaciones internas, dando lugar a nuevas temporalidades literarias. Estoy seguro de que entenderemos mejor el modernismo español si lo cruzamos con el *modernisme* catalán –y, si me apuran, así también entenderemos mucho mejor el latinoamericano. Y en general todo el contexto histórico de la llamada Edad de Plata, tan marcado por los vínculos internacionalizantes, y en el que las literaturas periféricas se revelaron muchas veces como pioneras respecto de la central castellana, fomentando a veces en esta una cerrazón de avestruz frente a relaciones que parecían dejarla en segundo o tercer lugar.

En síntesis, estoy hablando de la recuperación de un impulso especulativo –para no llamarlo simplemente teórico-metodológico– para el estudio de la literatura española que hoy, hay que decirlo, brilla, por lo general, por su ausencia en la investigación académica. A pesar de la flagrante repolitización de nuestro campo de interés que propició el reciente proceso soberanista catalán, no nos hemos dejado conmovir y continuamos inmersos en nuestro microclima monolingüe y monocultural.

Esto podría ser interesante incluso en términos de política académica: los hispanistas latinoamericanos estamos en condiciones de introducir hipótesis comparatistas en nuestras investigaciones cuando hoy, en la península, esto se vuelve cada vez más difícil por la desconfianza acrecentada de las diversas filologías nacionales respecto de la filología hispánica, y por supuesto por el camino de autonomía cultural radical que parece haberse decidido a seguir el *establishment* literario de habla catalana. Nuevas teorías y modos de interpretar, nuevos modos de pensar y contar la historia literaria son productos que hoy los otros no están en condiciones de fabricar. Esto es lo que como investigadores latinoamericanos y argentinos podemos ofrecer en la coyuntura académica actual, frente a un hispanismo que nos ha situado siempre en sus periferias, que se ha encastillado en su acceso privilegiado a los archivos y a la historia, y que se resiste todavía al cambio por lo que este podría implicar respecto de su propio estatuto y valor como campo disciplinar. Digo que mejor seamos nosotros, que hemos aprendido a amarlo, quienes nos encarguemos de convertirlo en otra cosa, y no los invasores latinoamericanistas.

› **Referencias bibliográficas**

Abuín González, Á. y Tarrío Varela, A. (Eds.) (2004). *Bases metodológicas para unha historia comparada das literaturas da península Ibérica*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.

- Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada*. Buenos Aires: Trilce/Fondo de Cultura Económica.
- Armer, A. A. (Productor) (1967). *The Invaders* [serie de televisión]. Estados Unidos: Quinn Martin Productions.
- Bowman, C. (Productor) (1983). *V* [serie de televisión]. Estados Unidos: Kenneth Johnson Productions y Warner Bros. Television.
- Cabo Aseguinolaza, F., Abuín González, Á. y Domínguez, C. (Eds.) (2010). *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula*. Volumen I. Amsterdam y Philadelphia: John Benjamins.
- Del Valle, J. y Gabriel-Stheeman, L. (2004). "Codo con codo": la comunidad hispánica y el espectáculo de la lengua. En J. del Valle y L. Gabriel-Stheeman (Eds.), *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua* (229-252). Frankfurt y Madrid: Vervuert-Iberoamericana.
- Domínguez, C., Abuín González, Á. y Sapega, E. (Eds.) (2016). *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula*. Volumen II. Amsterdam y Philadelphia: John Benjamins.
- Pérez Isasi, S. y Fernandes, Â. (Eds.) (2013). *Looking at Iberia. A Comparative European Perspective*. Berna: Peter Lang.
- Resina, J. R. (2009). *Del hispanismo a los estudios ibéricos. Una propuesta federativa para el ámbito cultural*. Madrid: Biblioteca Nueva.